

SENTIDO Y PROYECCION DEL DESCUBRIMIENTO DE AMERICA

Leopoldo Zea
CCYDEL, UNAM

En poco tiempo llegará la fecha, el 12 de octubre de 1992, cuyo significado en el horizonte de la historia de nuestros días ha sido objeto de discusiones: el 12 de octubre de 1492. Esta fecha se refiere al momento histórico en que un navegante genovés, Cristóbal Colón, apoyado por España y representándola descubrió un nuevo continente, bautizado después con un nombre ajeno a su descubridor, América. Han pasado 500 años y se sigue discutiendo sobre el significado de esta fecha. Discusión que, obviamente, parte de lo que se quiere y pretende del presente respecto de lo que se quiere del futuro. Lo cierto es que en esa fecha la historia de la humanidad se universalizó, las diversas historias regionales de la tierra se encontraron y fundieron, y así surgieron las preocupaciones por encontrar el sentido o filosofía de la llamada Historia Universal. Pero también en esta fecha se inició la conquista y la colonización de los pueblos más allá de Europa, la que de esta forma iniciaría su expansión.

Se habla de «descubrimiento», «encuentro», «encubrimiento» o «tropiezo». Es todo esto, pero ahora lo

importante no es calificar el hecho mismo, que es irreversible, sino mostrar el sentido del mismo en relación con nuestros días y lo que el mismo puede significar para el futuro. El pasado no puede cambiarse, pero sí es posible orientar el futuro que ha de resultar de la acción del presente contando con la experiencia del pasado. Un pasado que dialécticamente ha de ser negado para que no se repitan acciones como la conquista y la colonización; el predominio de unos hombres o pueblos sobre otros. Es en relación con el futuro de nuestra región, así como del resto del mundo involucrado en estos sucesos, que han de conmemorarse, no festejarse, los quinientos años que separan el presente de esa fecha. En nuestros días son otros los protagonistas de la historia, otros son los centros de poder colonizador que aún imponen su dominio en diversas regiones de la tierra. Hoy como ayer se deben seguir enfrentando la conquista y el coloniaje pero en el horizonte propio de estos días. El pasado, insistimos, no puede ya borrarse, pero sí utilizar su experiencia para que no siga siendo. No tiene sentido en nuestros días resucitar la leyenda negra contra la conquista y colonización españolas, porque ello no impide la conquista y colonización de nuestros días. Negar lo que fue para que no siga siendo, pero más que nada, enfrentarse a lo que aún sigue siendo aunque hayan cambiado sus protagonistas.

Pensar así el 12 de octubre de 1492, no ya como lo que fue, sino como lo que aún puede seguir siendo quinientos años después. ¿Qué queda de ese ya lejano pasado en nuestra idiosincrasia? ¿Cuáles de aquellos hábitos y costumbres que nos fueran impuestos siguen manteniendo su vigencia, posibilitando nuevos coloniajes? ¿Qué hacer, entonces, para ir más allá de estos quinientos años? Esto es lo importante, esto es lo que ha de ser conmemorado, hacer conciencia para impedir que lo negativo siga siendo. Revisemos nuestra historia, pero no para quedar atrapados en ella y convertidos en estatuas de sal, sino para marchar hacia ese ineludible futuro que estamos haciendo. En este sentido debemos preguntarnos también qué representa en el presente de la historia de otros pueblos con los cuales estamos ineludiblemente relacionados. Es en relación con este enfoque del pasado

para programar nuestro futuro que debemos preguntarnos qué representamos en el horizonte ya universal de la historia que se inicia en 1492 pero que toma un extraordinario sentido quinientos años después.

Los americanos entramos a la historia universal, como entraron también los europeos, asiáticos y africanos en ese 12 de octubre de 1492. Pero entramos de forma muy peculiar, pues emergimos, aparentemente, de la nada. De la nada en la conciencia de quienes desde Europa se lanzaban a la conquista de los mares para comerciar y quizá conquistar un continente conocido: el Asia. Pues fue buscando Catay y Cipango que Colón tropezó con el continente que otro navegante bautizara con su propio nombre. Este continente y los hombres que lo habitan emergieron así de la nada en la conciencia de sus descubridores. Colón, que buscaba al Gran Khan para entregarle la misiva de sus señores con vías a propiciar el comercio, se tropezó con otro mundo y otras expresiones de lo humano que en vano trató de encubrir con las ideas que tenía de lo que esperaba encontrar. Colón, pragmático, al no encontrar al Gran Señor de estas supuestas tierras asiáticas, fue tomando posesión de las mismas en nombre de sus propios señores. Así empezó la conquista y la colonización en las que poco después participarían otros pueblos europeos hasta extenderlos a la verdadera Asia, Oceanía y Africa. Bajo el signo de la conquista y la colonización fue que dio inicio la historia universal y con ella las reflexiones de los filósofos europeos para justificar el predominio impuesto por Europa al resto de los pueblos de la tierra. Así fue y ha sido, lo importante es que no siga siendo.

Desde este punto de vista de nuestro siglo XX ha sido expresión de la lucha que los pueblos colonizados han hecho a lo largo de la tierra para quitarse los años de dominio que les habían sido impuestos. Lucha iniciada en América, primero en los Estados Unidos en 1776 e inmediatamente después en la que será llamada América Latina, a partir de 1804 en Haití y desde 1810 en todo el continente. Inglaterra en el siglo XVIII salió de sus dominios en Norteamérica, dando origen a los que serían

los Estados Unidos; España y Portugal abandonaron el resto del continente en el siglo XIX para culminar en 1898 con la expulsión de España del Caribe por la acción ya no liberadora sino neocolonizadora del emergente nuevo centro de poder, los Estados Unidos. En el siglo XX, a lo largo de la Tierra, los pueblos bajo coloniaje europeo van alcanzando su emancipación que culminó al finalizar la Segunda Guerra Mundial. Fin del coloniaje europeo que la nueva potencia en América tratará de ocupar para supuestamente evitar el «vacío de poder». La Europa ya sin colonias de nuestros días, ahora bajo el ala protectora de las armas estadounidenses, queda como arfil y campo de batalla en la guerra que por la hegemonía mundial mantendrán los Estados Unidos con la Unión Soviética, vencedores ambos de la Segunda Guerra. Se inicia la guerra fría por la que la gran potencia americana afianza su ocupación sobre cualquier supuesto vacío de poder.

La Unión Soviética inicia en 1985 una extraordinaria revolución democratizadora para poner fin a viejas formas de absolutismo. Revolución que hace innecesaria la presencia armada de los Estados Unidos en Europa y propicia la búsqueda de las naciones europeas de una integración que alcanzará su plena realización precisamente en 1992, esto es, quinientos años después de que América emergió en la conciencia europea. La revolución soviética iniciada por su líder, Mijail Gorbachov, originará también cambios extraordinarios en la Europa Oriental que no contaba la integración de la Europa Occidental: la presencia activa de la otra parte de Europa, la del Este, incluyendo a Rusia, centro de la Unión Soviética, en busca de lo que ha llamado Gorbachov «La Gran Casa Europea». El año 1992 se avizora así en situación apenas ayer imaginada: la de la integración total de una Europa ya sin colonias pues considera que no necesita de ellas, pero también con el abandono del mundo que su colonización originó, el llamado Tercer Mundo, dejando al arbitrio del nuevo centro de poder colonial en América aunque disputado ya por uno de los vecinos de la Segunda Guerra, Japón.

Es así como nosotros, los americanos de la otra

América, nos acercamos al 12 de octubre de 1992, recordando quinientos años de historia, la historia de la conquista y la colonización y, con nosotros, también los pueblos que a lo largo de la Tierra fueron también objeto de conquista y colonización. Llegamos así a esa fecha cuando una Europa sin colonias se prepara a integrarse en su totalidad tratando, paradójicamente, de lanzar al vacío su ya viejo y obsoleto pasado colonial. Una Europa sin colonias que nada quisiera ya saber de sus colonizados, dispuesta a dejar que sean los mismos europeos quienes se encarguen de los diversos quehaceres para el futuro de una Europa exclusivamente propia.

Dentro de esta preocupación está así el mandar al vacío de su propia conciencia al continente que emergiera dentro de ella en 1492: América. Una América ahora abandonada a su suerte bajo la exclusiva hegemonía de la potencia occidental que emergió en este continente. Y con América, igualmente al vacío los pueblos que a partir del descubrimiento de América fueron objeto de conquista y colonización, el llamado Tercer Mundo. ¿Quiere esto decir que este nuestro continente, que surgió del vacío o ignorancia en la conciencia europea con el tropiezo de Colón, tiene que volver al vacío anterior a 1492? ¿Esta misma Europa va a mandar al mismo vacío a las razas y culturas de los pueblos que ella misma introdujo en sus propias entrañas para servir mejor a sus intereses? ¿Nuestros pueblos serán campo de disputa entre el viejo imperialismo americano y los que están emergiendo en otras regiones de la Tierra como el Asia?

Esto, por supuesto, no podrá ser así. América no puede ya volver al vacío de una conciencia que la hizo emerger dentro de ella. La América situada en los márgenes del llamado mundo occidental, Europa situada en los márgenes del llamado mundo occidental, Europa y los Estados Unidos, no puede ya ser regresada al tiempo anterior al 12 de octubre de 1492. Dentro de la América, supuestamente al margen del mundo llamado occidental, está también Europa, con su sangre y cultura y, mezclados con ella, la sangre y cultura de los nativos americanos entonces descubiertos; y con ellos la sangre y la cultura de

los pueblos que desde diversas regiones de la Tierra, Asia y Africa, se dieron obligado encuentro en este continente. Somos ese peculiar «género humano» del que habló Bolívar, que no puede volver al vacío de la ignorancia porque ya no puede ser ignorado. Ni Europa, ni los Estados Unidos en América, tampoco podrán arrancar de sus entrañas la sangre y cultura de pueblos fuertemente insertados en ellos para supuestamente sólo realizar trabajo sucio o esclavo. Todas estas razas y culturas -las mismas que hacen parte igualitaria de la que llamamos nuestra América- están también dentro de Europa y Norteamérica, por lo que, quiérase que no, tendrán que contar con ellas en la realización de una casa más amplia que la proyectada Casa Europea, la Casa del Hombre en sus múltiples e ineludibles expresiones.

La reflexión sobre el 12 de octubre de 1492 ha de partir, entonces, de lo que este significa en nuestro presente, quinientos años después, y lo que puede representar para el futuro, más allá de los quinientos años. Un presente que obviamente tiene que ver con ese ya al parecer lejano pasado, así como con nuestro ineludible futuro. Lo que ha sucedido en los quinientos años transcurridos es una realidad irreversible de la que tendremos ineludiblemente que partir para realizar un futuro que sí está en nuestras posibilidades, haciéndolo consciente para orientarlo de forma tal que lo mejor del pasado sirva a lo mejor del futuro y lo negativo del mismo pasado pase a ser simple historia y con ello evitado, de forma tal que nunca más vuelva a suceder.

¿Cuál es entonces la coyuntura de la América Latina en el presente en relación con las perspectivas de su futuro? Esta coyuntura le da una historia que pronto cumplirá quinientos años, y las perspectivas de futuro, el contexto internacional que a lo largo de la Tierra se ha formado en estos últimos tiempos. Esta América nuestra, la que se autodenomina latina, entró a la historia universal, la que ahora determina su futuro, el 12 de octubre de 1492 que festejan sus protagonistas y conmemoran los pueblos que se originaron a partir de esa precisa fecha. La hazaña de Colón y el pueblo que le siguió y la hizo posible

no fue tanto el llamado descubrimiento, conquista y colonización, sino la toma de conciencia de una historia universal antes sólo concebida como una serie de historias regionales que se ignoraban entre sí. La historia regional de Europa, Asia y Africa, de la que sería bautizada como América y Oceanía, se transforma en historia universal con la hazaña colombina. De esta historia se empezará a hablar en Europa, con Hegel alcanza su culminación eurocentrista hasta llegar la ruptura de este eurocentrismo en la concepción de un Toynbee en nuestro tiempo. Dentro de esta historia la América Latina será vista como una región pasiva que sus descubridores, conquistadores y colonizadores irán moldeando para convertirse luego en objetos de disputa de otros conquistadores y colonizadores. Dentro de este contexto los hombres de la región, supuestamente pasiva, lucharon una y otra vez contra los avasallamientos del pasado y los que aún se imponen en el presente amenazando su propio futuro, lucharon contra el colonialismo y el neocolonialismo, insistente lucha de liberación que debería ser renovada permanentemente.

Dentro de esta ineludible relación de la América Latina con el resto de los pueblos de la Tierra será central la establecida con España y a través de ella con la Europa de la que esta España ha sido y es ineludible parte. La relación de dominio de tres largos siglos de historia ha pasado ya a la historia. Los problemas de la América Latina en defensa de sus libertades y el derecho de autodeterminación de sus naciones no se originaron al otro lado del Atlántico sino en el mismo continente. Al encuentro de lo que se derivó la conquista y la colonización, en 1492, siguió otro encuentro que también se está recordando en España y América, el encuentro solidario, ya no de dominio, sino fraterno, con la España peregrina, del exilio o del transtierro como la llamó José Gaos. Encuentro que se inició hace apenas medio siglo. Período de cincuenta años con el que culmina una historia de quinientos años. Expresión de este encuentro es para los latinoamericanos la España actual, que siento mucho no haya alcanzado a contemplar mi nunca olvidado maestro Gaos. El viejo antihispanismo, decía Gaos, que las luchas de independencia habían originado, ha sido ya cambiado

por un hispanismo solidario, fraterno, que comprendió a la Segunda República derrotada y desterrada, viéndola como parte de las propias derrotas y destierros que los pueblos de la América Latina han sufrido a lo largo de su historia por reclamar lo mismo que la España peregrina había pedido. De allí que Gaos hable no ya de destierro, sino de transtierro.

Esta España actual, que es la España que ha recobrado sus libertades y derechos, es la que interesa y preocupa a la América que lleva sangre y su cultura, así como el viejo empeño en defensa de sus hogares. 1992 tendrá así un doble significado: por un lado, España festeja el V Centenario del Descubrimiento de América, pero también España se integra a la Europa Occidental. La integración de Europa, una extraordinaria hazaña para pueblos que a través de la historia han estado siempre enfrentados. Una hazaña que es posible en una Europa no formada ya por imperios, que se ha quedado sin colonias y que toma, a su vez, conciencia del coloniaje impuesto por la potencia que planteó desde 1898 la necesidad de «ocupar el vacío de poder», como diría el presidente Eisenhower al término de la Segunda Guerra. Una Europa ahora, a su vez, sometida a dependencia como justo pago de la protección que el imponía el nuevo imperio frente a la Unión Soviética supuestamente dispuesta a dominarla. Precisamente, los cambios que en la Unión Soviética viene realizando su actual conductor, Mijail Gorbachov, que nada quiere saber de guerra alguna ni de agresiones ni de armamentos que impidan elevar el nivel de su propio pueblo, ha mostrado la inutilidad de la protección impuesta por los Estados Unidos a Europa. Esta Europa es la que se unifica para decidir sobre todo lo que se refiere a sus intereses sin subordinación alguna. La integración de Europa es para la América Latina un viejo sueño respecto de sus propios pueblos. La América que soñó Bolívar, que nada quiere saber de imperios por soportar ni coloniaje por imponer, sino de la libertad de sus individuos y el derecho de autodeterminación de sus pueblos. De esta Europa ya sin colonias y dispuesta a defender el propio derecho de autodeterminación de sus naciones y la libertad de sus ciudadanos es ya parte la España de nuestros días.

Es esta España, y con España la Europa que ahora se unifica, la que es objeto de admiración para la América Latina, pero también decíamos de preocupación. Preocupación porque parte de las perspectivas del futuro para esta América están vinculadas con la integración europea y la orientación que la misma tome en relación con pueblos con los que ineludiblemente está ligada tanto histórica como cultural y étnicamente. Y dentro de Europa, más que ninguna España. España completó en América la misma hazaña que se originó en su propio suelo cuando el moro Tarik, en 711, invadió y conquistó la Península Ibérica iniciando la mestización que a nivel extraordinario continuó la misma España en América a partir de 1492, al crear las naciones que ahora la forman. En este sentido ha sido preocupante el empeño español porque la Europa al otro lado de los Pirineos le reconozca como parte suya, como parte de Europa. ¿Es que acaso necesita tal reconocimiento un pueblo que ha sido y es parte ineludible de la historia de Europa, haciendo más que eso, dando a Europa la posibilidad de un imperio donde nunca se pondría el sol, abriendo a la misma las posibilidades de su propia expansión?

¿Por qué esta preocupación? Quizás la podamos comprender porque también la América Latina ha sufrido, y ello se ha expresado en su afán por ser los Estados Unidos de la América del Sur y sentirse sus individuos desterrados de Europa. Preocupación por deslindar una identidad que la marginaba de los centros de poder político y cultural. Bolívar se preguntaba, ¿qué somos?, ¿indios?, ¿españoles?, ¿americanos?, ¿europeos?, aceptando este que llamaba peculiar género humano para levantar sobre él naciones libres. O el argentino Sarmiento que se hacía la misma pregunta para acabar negando todo el pasado, incluyendo a España, que lo había originado al mestizar lo que encontraba negativo de otras razas que no fuesen las europeas. «Europa empieza en los Pirineos» se ha venido sosteniendo al otro lado de España, algo que al parecer los españoles han creído como en América lo han creído los latinoamericanos, deslumbrados frente a la civilización que se alzaba al norte, considerándose expresión de la barbarie. ¿Qué es lo que hace

considerarse a España inferior respecto del resto de la Europa Occidental? Precisamente ese mestizaje que comienza con la invasión de Tarik en 711, e inicia un dominio que duró ocho siglos, y termina precisamente en 1492. El mismo mestizaje continuado en América por España, cuyo dominio termina tres siglos después.

Del mestizaje por el que se excluye a España de la Europa al otro lado de los Pirineos han hablado muchos españoles y con especial calor José Ortega y Gasset en sus **Meditaciones del Quijote**. Allí escribe: «Mi alma es oriunda de padres conocidos; yo no soy sólo un mediterráneo. No estoy dispuesto a confinarme en el rincón ibero de mí mismo». «¿Por qué -se pregunta- el español se obstina en vivir anacrónicamente consigo mismo? ¿Por qué olvida su herencia germana?» Lo mediterráneo, comentamos, es lo latino, lo que Roma heredó al mundo mestizando las razas y culturas que poblaban el Mediterráneo: las germanas al norte, las africanas al sur y las asiáticas al este. Latinidad frente a germanismo en Europa, como sajonismo frente a latinidad en América. La latinidad mestizadora vista como obstáculo a la sajonización y germanización. Ortega continúa diciendo: «Detrás de las facciones mediterráneas parece esconderse el gesto asiático o africano, y en este -en los ojos, en los labios asiáticos o africanos- yace como adormecida la bestia infrahumana». «Hay en mí una sustancia cósmica, aspiración a levantarme de la fiera presta a invadir la entera fisonomía». También en América nuestros positivistas y civilizadores trataron, mediante lavados de cerebro y de sangre, de cambiar una fisonomía que se consideraba bárbara. Salvo que ahora estamos en Latinoamérica en una etapa de recuperación y afirmación de tal fisonomía que no es la del bárbaro sino la del hombre originado en circunstancias determinantes al igual que todos los hombres, pero no tan determinantes que no pueda cambiarlas sin negarse a sí mismo como hombre concreto que es.

Nosotros en América no tenemos Pirineos que nos separen de nuestro poderoso vecino, los Estados Unidos. Pero ellos mismos levantaron murallas de contención para evitar que su peculiar raza y, con ella, costumbres,

libertades, democracia y prosperidad fuesen afectadas desde fuera, tanto por el terror europeo, al otro lado del Atlántico, como por la barbarie al sur de sus fronteras. Murallas de contención que fueron, paradójicamente, empujadas a todos los horizontes de la Tierra para asegurar esas peculiaridades y para ampliar su propia prosperidad. Murallas de contención frente a la América a la que con su sangre, cultura, lengua y religión dio origen España. Pero murallas de contención que al extenderse fueron dejando dentro lo que trataban de evitar. Los Estados Unidos son ya una nación mestiza, lo que hace de todo el continente americano la nación en que soñaba José Vasconcelos. Gran crisol de razas y culturas desde Alaska a Tierra del Fuego, troquelando en él la futura Raza Cósmica. Acrisolación que también se está produciendo en toda Europa, incluyendo la germánica y la sajona, en las cuales se hacen presentes hombres de distintas razas y culturas, las mismas que la colonización tuvo que incorporar para satisfacer sus intereses. Raza de razas, cultura de culturas que España realizó dentro de sí misma y trasladó al otro lado del Atlántico es lo que ahora parece universalizarse. ¿Qué mejor aporte de España a Europa y su historia que la acción iniciada el 12 de octubre de 1492? ¿No es este el punto de partida de la nación de que hablaba Bolívar, una nación que abarcase el universo entero?

Europa, la Europa ya sin colonias, que conoce el sabor de la dependencia, se prepara a unificarse. Y dentro de esta Europa, España que ha alcanzado el reconocimiento reclamado como nación europea. Integración que será de extraordinaria importancia para una humanidad siempre desgarrada por diferencias y ambiciones, ya que puede poner término a las mismas. Este hecho puede ser también de singular importancia para la América Latina, que también viene buscando la integración de pueblos con una historia común, pueblos más estrechamente relacionados entre sí que los europeos. La experiencia de la dependencia sufrida por la América Latina es de singular importancia para los pueblos que ahora formarán la Comunidad Europea. La ineludible relación que la América Latina tiene con dos de los pueblos de la nueva comunidad, España y Portugal, puede ser también de extraordinaria

importancia para el futuro de Latinoamérica en otro tipo de relación, la horizontal de solidaridad y no ya la vertical de dependencia con Europa. Sin embargo, signos ominosos parecen señalar otros rumbos en los que al parecer quedaría excluida la América Latina. En la futura Comunidad Europea se ha hecho patente la gran preocupación de sus miembros por defenderla de los peligros del exterior. Algo semejante a lo que sucedió con los Estados Unidos, que hicieron de su peculiar comunidad una entidad insular que habría de defenderse de los peligros que podían lesionarla, por un lado la Europa al otro lado del Atlántico con ideas como las que habían dado origen a la Revolución Francesa en 1789 por la violencia en que las mismas se expresaron. Por el otro de los pueblos al sur de sus fronteras causa de su significativo atraso, indisciplina y anarquía. Ahora la comunidad europea se muestra preocupada por dos grandes males de los últimos tiempos: el terrorismo y la drogadicción. Males que afirman provienen del llamado Tercer Mundo, donde queda incluida la América Latina. En España estos mismos signos se han hecho expresos de diversas formas. Se habló de levantar barreras de contención que recuerdan a las que en vano han tratado de levantar los Estados Unidos. Paradójicamente mientras en los países socialistas se eliminan las murallas que impedían salir, en los Estados Unidos y, al parecer en Europa, se levantan y levantarán murallas para impedir entrar. Los males que se quieren impedir o limitar con estas murallas son males que sus mismos artífices llevan dentro de sí. La violencia ha sido, ante todo, violencia represiva para impedir reclamos que deberían estar al alcance de todos los hombres y pueblos, y la droga no es sino una forma de evasión dentro del llamado Primer Mundo ante una sociedad que pese a su opulencia deja insatisfechos a sus individuos. El Primer Mundo necesita reprimir para mantener su libertad y prosperidad insulares, provocando con ello la violencia subversiva. En el Primer Mundo la insatisfacción que la opulencia no evita, ha hecho de sus individuos consumidores de la droga evasiva; sin esta demanda no habría tráfico de drogas.

Dentro de esta coyuntura, ¿cuáles pueden ser entonces las perspectivas de la América Latina? ¿Hacer lo que

Europa, esto es, integrarse a nivel continental americano? Este ha sido el ideal de quienes han hablado de la integración latinoamericana, como Bolívar, sin descartar su relación con la otra América, pero en otro nivel. Difícil es que así pudiese suceder, ya que la poderosa nación no acepta otra integración que la basada en la dependencia respecto de ella. No quedan así sino formas de relación limitadas como las que se vienen intentando entre México y los Estados Unidos que, en lo posible, no lesionen los intereses del primero y dejan relativamente satisfechos los intereses del segundo. Pero siempre con predominio de los intereses del centro de poder. Europa se integra porque no quiere ya ser el patio delantero de los Estados Unidos. Tampoco la América Latina quiere seguir siendo el patio trasero de la poderosa nación. Para la América Latina es de especial importancia la diversificación de sus relaciones de acuerdo con sus intereses. No puede, por ello, aceptar ser parte de una relación desigual de dependencia. De allí que sus relaciones con una Europa liberal, democrática, ya sin colonias, resulten de extraordinaria importancia.

En los últimos tiempos se está haciendo presente otra fuerza integradora para la creación de otro bloque que no es ya la europea ni la estadounidense, que viene por el otro lado de la América Latina, el Pacífico. Lo constituyen los pueblos que en Asia se hacen ya presentes a lo largo de la tierra y buscan, a su vez, su propia integración. Para la América Latina es la llamada Cuenca del Pacífico, Japón, Singapur, Corea y otros que buscan la expansión de sus intereses haciéndose presentes no sólo en la región de América Latina que tiene costas sobre el Pacífico, sino igualmente en el Atlántico, como Brasil y recientemente la Argentina. La Comunidad Europea ya ha mostrado su preocupación por esta nueva relación de la América Latina con esta región de la Tierra; preocupación semejante a la de los Estados Unidos, obligados a competir con los que fueran los dos grandes vencidos de la Segunda Guerra, Alemania en Europa y Japón en Asia. Dos naciones que han orientado sus esfuerzos a la modernización industrial rebasando a los Estados Unidos, desgastados por su febril preocupación bélica armamentista, en cuyo

costo se niega Europa a seguir participando. ¿Puede ser esta otra coyuntura para la América Latina en otra relación que no sea ya la de dependencia? Diversos intereses son los que están determinando la creación de los bloques de naciones que se están formando. La América Latina tiene, a su vez, que buscar la relación que mejor convenga a sus propios intereses. Por ello no puede aceptar seguir siendo patio trasero de un poder ni menos el rechazo por las mismas razones por las que los Estados Unidos crearon murallas de contención al mismo tiempo que las empujaban para ampliar sus intereses insulares.

La mejor opción para la América Latina es la diversificación, la relación solidaria y no ya dependiente con otras naciones o bloques de intereses. Una América que por su constitución, por la identidad que le caracteriza y que a lo largo de 500 años de historia se ha afirmado, está bien preparada para tal relación. Y en esta relación primordialmente se encuentra la Europa unificada a través, precisamente, de Iberia a la que está ligada Latinoamérica desde el inicio de esos 500 años, tanto por la historia, como por la cultura y la sangre. A su vez Europa, o al menos las naciones que se expandieron sobre el resto de la Tierra, está de muchas formas ligada con estos países. Latinoamérica no pretende, por supuesto, ser parte de la comunitaria Europa; América Latina es América Latina aunque lleve en su sangre y cultura a Europa a través de España y Portugal que han posibilitado el mestizaje que la caracteriza. Lo que se quiere es una relación solidaria no dependiente. En este sentido España puede ser el puente de esta relación. Como la América Latina a su vez puede ser puente con otras regiones de la Tierra que forman también parte de su sangre y cultura. La casa común europea de la que habló el presidente de Francia, François Mitterrand, se limita a la Europa llamada Occidental. Fuera de ella queda la otra Europa, la Europa también mestiza como España; la Europa Oriental donde otras culturas y otras sangres e idiosincrasias la distinguen del resto del continente, salvo quizá España. «No basta una casa común europea -ha contestado Mitterrand a Gorbachov-, hay que saber lo que se mete dentro». Los latinoamericanos, por mucho que lleven dentro la sangre y

cultura europeas, no pretenden ni aspirar por ello a ser europeos sino simplemente a guardar con Europa una relación solidaria, y más que solidaria, fraterna, con España. Pueblos hermanos, pero distintos como lo son todos los hermanos.

Dentro de este proyecto, ¿podrá contar entonces la América Latina con España? España argumentó ante la Comunidad Europea que se estaba formando, además de su indiscutible identidad europea, lo que a Europa ha dado en la historia como lo ha sido ese gran continente llamado América, una parte de la cual, la latina, sigue guardando relaciones de fraternidad. En los últimos tiempos la preocupación, expresada por el presidente de Francia, Mitterrand, para cuidar de lo que se quiere meter dentro de la casa común europea, también se ha hecho expresa en España, para cuidar las fronteras europeas y evitar que sus murallas sean traspasadas. Droga y violencia son, decíamos, males de nuestro tiempo que se evitan levantando murallas de contención. Existen, sin embargo, otras voces en España, que hablan de las obligadas relaciones de Europa con el mundo a que su acción colonial dio origen y de cómo en este sentido España, que en esta acción hizo algo que no hicieron los demás imperios: mestizar su sangre y cultura, tendría que hacer de la casa común europea un recinto aún más amplio, Casa del Hombre sin discriminación alguna. Entre estas voces está la de Adolfo Suárez que ha asistido recientemente en los lazos históricos y culturales que unen a Europa y con ella a España con el resto del mundo y dentro de él con la América Latina: «Precisamente -dijo- porque la Europa Comunitaria no puede renunciar a los lazos históricos y culturales que le unen al continente latinoamericano, debe evitar poner restricciones a las personas, los bienes y productos que de allí proceden». «Si la Europa Comunitaria renuncia a este compromiso no sólo existirá el riesgo de que se produzca una gran desvinculación de América Latina con respecto a la Europa Comunitaria, sino que permitirá que América Latina siga siendo aun en la distensión, un terreno de confrontación entre Estados Unidos y la Unión Soviética». «España tiene la particular obligación y responsabilidad de llevar ese planteamiento insistente a la

Comunidad Europea. Renunciará a su historia y a una parte de su identidad si permitiera el distanciamiento entre América Latina y Europa».

Precisamente en las difíciles relaciones de la América Latina con los Estados Unidos -que ya deberían ser anacrónicas-, relaciones más viejas que la confrontación Estados Unidos-Unión Soviética, sería importante la presencia de otros grupos de naciones como las europeas, que ahora saben, por experiencia de relaciones semejantes dentro de un horizonte vertical de dependencia. Para la América Latina es de extraordinaria importancia una presencia de Europa en América que permita ampliar la distensión que ha hecho posible a esta Europa crear una Casa Común Europea. Tal presencia posibilitaría la creación de una casa más amplia dentro de la cual encontraría lugar privilegiado. De otra forma la América Latina tendría que buscar salidas que pusiesen fin a quinientos años de historia dependiente.

Esta América, precisamente, ha soñado a lo largo de esa historia con una Casa Común Latinoamericana, pero como punto de partida para una Casa Común de todos los pueblos de la tierra. Al hacer suyo el calificativo de Latina rescató el espíritu que permitió a Iberia, más allá de la brutalidad de la conquista y la colonización, establecer las posibilidades de formación de lo que Vasconcelos llamó una Raza Cósmica, raza con razones y con metas más allá de las étnicas, las propias del espíritu que da sentido a la cultura. Con la adopción del calificativo de Latina, esta América superó las arrogancias y los rencores del pasado. Superación que posibilitó, a su vez, la presencia de la España peregrina. Ya que fue la arrogancia del conquistador y el colonizador lo que hizo perder a España a los pueblos en el Continente Americano que se formaron y posteriormente los pueblos de la América del Caribe. Pese a ello se mantuvo la ineludible relación de sangre y de cultura, anulando todos los intentos de lavados raciales y culturales. Ejemplar en la persistencia, en este sentido, es un pueblo como el de Puerto Rico en el Caribe. No fue así con Filipinas en el Pacífico, donde la arrogancia acabó borrando la lengua que esta misma arrogancia negó a los isleños.

Para concluir, y hablando de coyunturas y perspectivas para la América Latina, quiero referirme a dos conmemoraciones históricas, ambas de pueblos que son ahora parte de la Comunidad Europea: Francia y España. Francia recordando los doscientos años de la Revolución de 1789, España, los quinientos años del Descubrimiento de América. La primera apenas acaba de concluir con un mensaje al mundo, el mensaje de una revolución en que se hizo expresa la igualdad entre los hombres y los derechos que, sin discriminación, deben ser reconocidos a todos. El mensaje de fraternidad que ha valido y vale para la humanidad entera. «La Revolución es un todo», dijo Mitterrand abarcando a esta humanidad. Michel Rocard, Primer Ministro de Francia, habló también de la universalidad de la Revolución Francesa y sus principios, ya que «no solamente desarrolla derechos políticos y sociales, sino que constituye una auténtica transferencia de valores al mundo entero». Recordó a Víctor Hugo cuando, anticipándose a la unión europea y su sentido, escribió: «En el siglo XX habrá una nación extraordinaria, no se llamará Francia, se llamará Europa, y al siglo siguiente se llamará humanidad»; Rocard agregó a su vez: «El vínculo que establezco entre la Revolución Francesa y la construcción europea tiene un alcance universal y refleja las aspiraciones de emancipación social de la Revolución». Por ello, continuó, «Si queremos construir una Europa que sea una superpotencia, no queremos hacerlo para que sea la primera, segunda o tercera de las superpotencias, sino para que actúe al servicio de la humanidad, una nación definitiva, como decía Víctor Hugo». Dos siglos después, la Revolución es todavía un proyecto. En nombre de la Revolución también se llevó el dolor y la dominación a otros pueblos, allí está, recordó Rocard el 2 de mayo en España. En un cuadro de Goya vemos dijo «la libertad y los fusiles franceses, pero no están en el mismo lado. La libertad de un lado, los fusiles de otro, que apuntan contra ella». Toda Europa sufrió el terror de un nuevo imperio, el de un Napoleón y después el de otro Napoleón, «el pequeño» como lo llamaba Hugo, agrediendo a México y colonizando parte de Asia y Africa.

¿Cuál va a ser el mensaje de España en el Quinto

Centenario de la hazaña del Descubrimiento? ¿El de la conquista y la colonización que se iniciaron con él? Por supuesto que no, no para los pueblos que la sufrieron. El mensaje universal está en lo que España originó en esta América, mensaje vivo, actuante, con el que España completó algo que se había iniciado, siglos antes, en su propia tierra. El mensaje que un latinoamericano, José Vasconcelos, sintetizó con palabras de las que parecen eco las del francés Rocard, pero con un contenido más real: «En América española -dice Vasconcelos-, ya no repetirá la Naturaleza uno de sus ensayos parciales, ya no será la raza de un solo color, de rasgos particulares, la que esta vez salga de la olvidada Atlántida; no será la futura, ni una quinta ni una sexta raza, destinada a prevalecer sobre sus antecesoras; lo que allí va a salir es la raza definitiva, la raza síntesis o raza integral, hecha con el genio y la sangre de todos los pueblos y, por lo mismo, más capaz de verdadera fraternidad y de visión realmente universal».

En: CUADERNOS AMERICANOS. Nueva Epoca, Año IV, Vol. 3, # 21, mayo-junio 1990. México: Universidad Autónoma de México, 1990.



Representación del matrimonio de Huáscar con Chuqui Huipa, princesa y hermana.